

con hacernos este inmenso favor; teniendo El, en cuanto Hombre, una Madre, honra y prez de la raza humana, quiso que ella, a su vez, nos adoptase por hijos, en virtud de una adopción mucho más excelente que la adopción jurídica que se verifica entre los hombres. En efecto, cuando en la sublime escena de la Anunciación, María Santísima dió al Señor en presencia del Angel su asentimiento para el misterio de la Encarnación y pronunció aquellas palabras: «He aquí la esclava del Señor; cúmplase en mí según tu palabra» (3), no hay duda que, divinamente instruida, entonces mismo consintió en ser Madre de los hombres al aceptar el ser la Madre del Salvador. Porque Jesucristo es el Jefe de la humanidad regenerada, la Cabeza de un cuerpo místico, del cual somos nosotros los miembros; y María, Madre del Salvador, Madre del cuerpo real de su Hijo, debía ser también la Madre de su cuerpo místico. Puesto que somos los miembros del divino Redentor, también somos verdaderos hijos de la Madre del Redentor (4).

Además, podría decirse que María Santísima es nuestra Madre también por alianza. No ignoraba ciertamente la Virgen de Nazaret que su divino Hijo era el Salvador, el Mesías prometido a la raza humana, con cuyos individuos había de formarse El una Iglesia, la santa Iglesia, su Esposa muy amada, a la cual alude el Apóstol cuando dice: «Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por ella, para santificarla, purificándola en el Bautismo de agua con la palabra de vida; pues quería formar para sí una Iglesia llena de gloria, sin mácula, ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada» (5). La Virgen María conocía todo el misterio de estas nupcias divinas, acerca de las cuales no había dejado de expresarse más o menos veladamente el Antiguo Testamento, ya que el mundo entero esperaba y anhelaba su realización. Así, el profeta Jeremías hablaba, en nombre de Dios, a la humanidad pecadora, diciéndole con tierno afecto: «En caridad perpetua te amé, por eso te atraje hacia mí, movido a compasión» (6);

y también: «Convertíos, hijos, volviendo al buen camino, dice el Señor, porque yo soy vuestro varón» (7). No ignoraba tampoco la Virgen María que Dios misericordioso había prometido establecer una nueva alianza, definitiva, con la raza humana infiel, según lo declaró por el profeta Ezequiel: «Me acordaré del pacto que hice contigo en los días de tu adolescencia, y haré que surja entre nosotros y nos una otro pacto, un pacto sempiterno» (8); y no menos explícitamente lo declaró por el profeta Oseas: «Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré en justicia y equidad, en misericordia y compasión» (9). Todos estos textos y otros semejantes a ellos, conocíalos la Virgen María, y de ahí podía deducir que su divino Hijo sería el Esposo anunciado en el *Cantar de los Cantares*; y así su corazón maternal no podría menos de abrirse a la alegría y encenderse en amor hacia la Esposa predestinada de su Hijo, cuya fiesta nupcial había de ser preparada por ella misma con esmerada diligencia y cuidado, según aquel texto: «Salid, hijas de Sión, y contemplad al Rey Salomón ceñido del diadema con que le coronó su Madre en el día de sus desposorios, día que inundó de alegría su corazón» (10). Verdaderamente la Virgen María, nuestra dulcísima Madre, nos consideraba ya desde Nazaret como hijos suyos muy amados en virtud de nuestra alianza con el divino Rey, su amantísimo Hijo.

La declaración que tuvo lugar más tarde en el Calvario, cuando el Redentor mostró desde la Cruz a San Juan (que nos representaba entonces a todos nosotros) y dijo a su Madre: «*Mulier, ecce filius tuus*: Mujer, he ahí a tu hijo»; y después al discípulo: «*Ecce mater tua*: He ahí a tu Madre» (11), aquella declaración, repito, no fué sino el completo desarrollo y la proclamación pública de una verdad que para la Virgen María era desde mucho tiempo atrás conocidísima y familiar. En aquel momento solemne, en que la Iglesia iba a salir del costado abierto de Jesús, del nuevo Adán, convenía grandemente que la maternidad de María fuese reconocida en su plenitud.